

Los militares demócratas en España

Danilo TRELLES

MADRID, 28 de agosto. — Hace algún tiempo informamos acerca de la posibilidad de rehabilitación de un grupo de ex integrantes del Ejército Español agrupados en la Unión de Militares Demócratas (UDM), que luego de haber sido sometidos a prisión en el último período del franquismo, habían sido separados del ejército por resolución de un tribunal militar.

La anunciada rehabilitación no se ha producido y aunque el ministro de Defensa, Narcís Serra argumenta que se trata de "un problema difícil", el nudo de la cuestión reside en que una medida de este tipo crearía serios conflictos con las altas jerarquías militares, poco inclinadas a aceptar el reingreso de militares demócratas en sus filas.

Aunque resulta casi seguro que ninguno de los militares destituidos aspira a retornar al ejército y lo que desean reivindicar es el derecho moral que les asiste, y naturalmente, los beneficios económicos de un retiro en condiciones dignas, las asistencias de los mandos superiores han sido tan duras que el ministro Serra ha decidido congelar por ahora el problema, adoptando una posición de transigencia no sólo inoportuna, sino sobre todo injusta en un asunto cuya solución no admite dilaciones.

No es la intención de esta nota, referirse específicamente al caso de la Unión de Militares Demócratas, sino situar el clima en que se están planteando las cosas con relación a los problemas derivados de la situación de cientos de viejos integrantes del ejército republicano, que transitan penosamente de oficina en oficina, esperando que, al fin, se atiendan sus reclamos de justicia, otorgándoles los retiros a que tienen derecho.

Si bien es cierto que la destrucción de los archivos fue una norma en la guerra civil que dificulta ahora la localización de los datos relacionados con la actividad de los soldados republicanos, también es cierto que las dificultades se extreman en los organismos militares cuando se trata de soldados que lucharon en el otro bando, precisamente el que permaneció fiel a la República y a la Constitución, defendiendo al país contra la insurrección franquista.

Todo esto ocurre pese a que los interesados concurren a formular sus peticiones, con una multitud de pruebas que confirman la legitimidad de sus demandas.

Lo dramático de esta situación viene al caso, después de leer una carta de un viejo soldado republicano —que acaba de publicarse en un diario—, quien ha tenido un encuentro conmovedor en Madrid. Transcribo a continuación un fragmento: "Hoy lo he reconocido en la calle de Ooya, mi comandante. Está usted viejísimo. Pero lo reconocí. Tenía usted la sien aloyada en pared, de rodillas en la acera le reconocí y me paré a leer el cartón donde usted ha escrito: "estoy solo en la vida y no tengo para comer". No me atrevía a echarle ninguna moneda en la lata que usted tenía junto a sus rodillas. Si no hubiera sonado al caer quizá se la habría echado, ya ve que idiota soy. Pero la sola idea de que usted, mi comandante, hubiese abierto los ojos al oírlo y me hubiese reconocido, me llenó de vergüenza.

De vergüenza al verle a usted avergonzarse. Aunque quizá no me hubiese reconocido. Porque yo también estoy muy viejo. Todos estamos muy viejos. Todos, menos el 'excelentísimo señor Serra' que está muy joven y muy gallardo y que acaba de otorgarle a usted, mi comandante, 'por los servicios prestados a la patria, por el ojo que perdió en Brunete, el sueldo mínimo de la última escala del final de la lista "muchísimo menos que otro comandante del ejército republicano. ¿Qué por qué? lo explica con tono de paciencia nuestro gallardo ministro. Porque este último comandante ingresó antes del 18 de julio, o sea, cuando el ejército era una carrera para morir, porque usted sabía por qué ingresaba en la Escuela Popular de Guerra, por qué acudía a la llamada angustiosa de otro ministro de Defensa, un tal Indalecio Prieto. ¿Por qué nos ofenden, mi comandante, dándonos esta limosna?

Franco fue lógico, nos trató como enemigos. Pero esta segunda derrota, mi comandante, es más amarga. La de Franco fue de frente. Esta es por la espalda, desde dentro, como de quinta columna o sea a traición".

El episodio resulta aleccionante, porque mientras que todo esto ocurre, ya comienzan a salir en libertad los complotados del 23 de febrero de 1981, cuando se produjo el asalto al Congreso. Toda clase de atenuantes formales, los más variados matices leguleyos que pretextan la ex carcelación se han fabricado y puesto en juego, para que retornen a los cuarteles los conspiradores.

El gobierno argentino que preside Raúl Alfonsín, que por supuesto no presume de socialista ni menos de izquierdista, ha tenido una actitud más digna restituyendo al ejército a todos los militares destituidos por la dictadura. Era por supuesto lo que correspondía. Otra conducta hubiera supuesto legitimar un acto de persecución a la democracia en flagrante contradicción con los postulados que se proclama defender.

Acá, mientras tanto, resulta cada día más difícil de justificar una política que no sólo se ha desentendido de toda posible semejanza con la ideología merced a la cual se ha conquistado el poder, si no que se presta al escarnio de valores fundamentales, que son patrimonio no de determinados partidos políticos, sino de las más elementales reglas de respeto a la propia dignidad del hombre.